

LA ARDILLA REPTANTE

Hubo un tiempo, se dice, en que una ardilla podía recorrer la península ibérica de norte a sur viajando desde las costas del Cantábrico hasta las playas béticas saltando de árbol en árbol. España era una inmensa superficie verde, un bosque ininterrumpido, una tierra fresca y umbría abundante en osos, linceos, lobos, águilas y ciervos, un cuenco enorme que cada año recogía las aguas abundantes que caían de un cielo generoso colmando ríos, torrentes y arroyos, empapando un suelo rico en nutrientes y almacenando vida líquida en reservas aparentemente inagotables. Las escasas y rudas gentes que habitaban hace veinte siglos esta geografía húmeda y feraz jamás hubieran podido imaginar que llegaría un día en que un sol implacable agostarías secas y vastas planicies en los mismos lugares en los que sus ojos se esforzaban por distinguir formas al atardecer bajo una bóveda tupida de ramas entrelazadas.

Hoy nuestro país boquea de sed tras largos meses sin lluvia y el futuro se perfila aún más desolador. Estamos inmersos en la peor sequía que se recuerda desde 1947 y este verano decenas de millones de visitantes se desparramarán de nuevo a lo largo y ancho de nuestro Estado de las Autonomías y querrán, como es natural, ducharse, cocinar, bañarse en las piscinas, beber, lavar su ropa y jugar al golf. Las autoridades responsables de la política medioambiental y los gestores de los recursos hídricos de Cataluña, la Comunidad Valenciana, Murcia y Andalucía tiemblan ante la perspectiva estival de un grave desequilibrio entre demanda y oferta de agua, la necesidad de imponer restricciones y el deterioro de nuestra imagen como primera potencia turística del mundo.

No nos queda siquiera el consuelo de pensar que nos encontramos ante una mala racha y que, al igual que en situaciones similares acaecidas en el pasado, ya vendrán de nuevo las precipitaciones que alivien nuestras penas. El cambio climático es una realidad que ya nadie discute y España, como otras regiones del globo, será cada vez más seca y más cálida. La temperatura media ha aumentado 1°C desde 1960 y la Agencia Europea del Medio Ambiente estima que el incremento a lo largo del siglo en curso será de 4°C, lo que en términos pluviométricos representa un desastre de grandes proporciones. Muchas personas de mi generación se sorprenden de la suavidad de los inviernos actuales y recuerdan navidades nevadas de riguroso abrigo, guantes y bufanda que parecen tan lejanas como las glaciaciones del paleolítico. Incluso las cigüeñas han cesado de emigrar al norte de África porque ya no perciben las diferentes estaciones

y se quedan en sus hábitats invernales ahorrando energías y evitando peligros.

Los pequeños mamíferos dentones ya no vuelan de copa en copa, sino que se arrastran abrasados sobre campos cuarteados. Nos acecha un futuro apocalíptico de turistas deshidratados y ardillas reptantes.

Aleix Vidal-Quadras